



*Dr. Adalberto
Santana**

José Martí en la plástica de **Diego Rivera**

*Coordinador del Consejo Académico de las Humanidades y las Artes (CAAHyA), UNAM.

En este trabajo presentamos una breve interpretación de la presencia de José Martí en la obra plástica de uno de los más grandes pintores del mundo, específicamente nos referimos al gran muralista mexicano Diego Rivera. De manera concreta hacemos una reflexión relativa a la imagen que se resalta del Apóstol cubano en el mural titulado “Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central” (1947). Obra originalmente pintada para ser expuesta en el espacio de la recepción del Hotel del Prado de la ciudad de México.¹ Edificio que estuvo ubicado en la Avenida Juárez y la calle de Revillagigedo. Al respecto se menciona que:

El hotel que en la década de los cuarenta construyó, con ambiciones de pluralidad plástica el arquitecto Carlos Obregón Santicilia, en una arteria céntrica de la capital, imponía a los pintores que fuesen invitados a decorarlo, una serie de exigencias. En primer lugar, por su naturaleza de hotel, el edificio requería, al ser decorado, una cierta dosis de gracia, antisolemnidad y hasta de humor. En segundo lugar, por su cercanía con la Alameda, el bello parque que durante el Imperio de Maximiliano y el porfiriato fue centro de esparcimiento y lugar de reunión de los capitalinos exigía, cuando menos, ser mencionado por el pintor en su mural.

1 Cf.: *Reflexiones del muralismo en el siglo XXI*, México, UNAM, Año 1, núm. 1, abril 2005.

Por eso, al ser invitado por el constructor del edificio a pintar la pared del comedor en el primer piso del hotel Diego Rivera tomó muy en cuenta aquellas dos premisas. Pero en vez de imitar a Casimiro Castro, en su recreación litográfica de la Alameda como un inmenso y bello jardín sobre el cual sostenía placidamente el *Globo de Cantolla*; o de convertir a la Alameda en motivo de escenas costumbristas, como por la época lo hizo una compañía de ballet, el pintor de Palacio Nacional tomó el espacio que se extiende entre Bellas Artes y los antiguos quemaderos de la Inquisición, como un lugar propicio al sueño, donde unos, al influjo de los árboles, de las flores y de la música rememoraban, soñando, el pasado histórico de México, y otros vislumbraban quimeras o utopías.²

Así, en ese hermoso mural del maestro Rivera van a figurar toda una serie de personajes que fueron de una u otra manera trascendentales en la historia de México. En el caso particular de José Martí, que en el mural ocupa un espacio privilegiado, en nuestro criterio e interpretación obedece a toda una intencionalidad histórica, política y cultural que Diego Rivera identifica en el joven poeta, crítico de arte, periodista, luchador independentista y latinoamericanista

2 Antonio Rodríguez, “Una tarde dominical en la Alameda de México”, en *Diego Rivera. Pintura mural*, México, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, Fideicomiso en el Banco Nacional de Comercio Exterior, 1989, p. 135.



como lo fue Martí.³ Por un lado el patriota cubano vivió en México entre el 8 de junio de 1875 y el 2 de enero de 1877, cuando con su familia y un torrente de ciudadanos cubanos conocieron el exilio en México. Él radicó un par de años en la ciudad de México en el periodo más álgido de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), momento en el que se desarrolló con mayor intensidad la gesta por la lucha por la independencia de Cuba.

1. Diego Rivera

José Martí en
*Sueño de una tarde
dominical en la
Alameda Central*
(fragmento)
Foto: Mercedes
Sierra Kehoe

3 En lo referente a las actividades de crítico de arte, Martí destacó por sus artículos periodísticos en México y ensayos en esa rica faceta. Puede consultarse su aporte en ese sentido tanto en su obra escrita como en el trabajo: “Martí crítico de arte”, tal como lo señala Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, México, Senado de la República, 2007, pp. 145-152.

En la realización de aquella obra monumental, que fue el Hotel del Prado, el autor principal fue Carlos Obregón Santacilia. Arquitecto que en gran medida también estaba relacionado por sus antecedentes familiares con las aspiraciones independentistas de los exiliados cubanos en México. En el arquitecto Obregón Santacilia destacan una serie de elementos genealógicos que apuntan a señalar que su abuela fue la hija mayor del presidente Benito Juárez y su abuelo fue Pedro Santacilia Palacios exiliado cubano, amigo y compatriota de Martí. Santacilia Palacios apoyó al mismo Don Benito Juárez en su exilio en Estados Unidos y que más tarde al ocupar la presidencia mexicana se convirtió hasta su muerte en su secretario particular y el más fiel de sus seguidores.

El mural “Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central”, fue propuesto por el arquitecto Obregón Santacilia al muralista Diego Rivera para que estuviese enmarcado en el salón Versalles del Hotel del Prado, el más importante de su época. Considerando que la obra plástica hacía referencia pictórica a la Alameda Central, emplazada a unos cuantos metros de dicho hotel, la historia del mural ha estado relacionada con ese entorno. Desde los inicios de la década de los años sesenta la movilidad del mural ha sido una constante. Su primer traslado fue al interior del mismo hotel al quedar ubicado en el vestíbulo del mismo. Lo que le daba una mayor presencia y evidentemente al contenido histórico y cultural de los personajes que figuran en el mismo. Sin embargo, con motivo del dramático terremoto del 19 de septiembre de 1985, al quedar casi destruido el Hotel del Prado

y al salvarse “milagrosamente” el mural de Diego Rivera, logró rescatarse y ser de nueva cuenta trasladado al espacio que albergó el estacionamiento del también destruido Hotel Regis y ubicarse en tal sitio el Museo Mural Diego Riviera. De esa manera el 14 de diciembre de 1986 se realizó la operación del segundo traslado de esa magnífica obra en el lugar que ahora se encuentra (tuve la suerte en ese momento de quien esto escribe de ser testigo de esa impresionante movilidad). De esta forma y tras quedar ubicado el mural en su nuevo espacio, finalmente el museo exclusivo para él, sería inaugurado el 19 de febrero de 1988.

José Martí en
“Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central”

Al referirnos en concreto a la presencia de la figura de José Martí en el mural de Diego Rivera, podemos identificar que hablamos de uno de próceres independentistas, pensadores, poetas, críticos de arte y periodista más relevantes del siglo XIX que nuestra América brindó al mundo. Aquí vamos a apuntar algunos de los elementos centrales de su vida, obra y pensamiento y que en nuestro criterio son medulares para comprender por qué el maestro Rivera lo ubicó como una de las figuras centrales de su mural. Una primera reflexión nos señala que una terna en la obra plástica que la forman José Martí, Frida Kalho y el niño Diego Rivera, quienes en nuestra concepción encarnan en esa visión, a la sagrada familia latinoamericana.



2. Diego Rivera

*Sueño de una tarde dominical
en la Alameda Central
(fragmento)*

Foto: Mercedes Sierra Kehoe

Algunos antecedentes en torno a José Julián Martí Pérez, apuntan que nació en La Habana, Cuba el 28 de enero de 1853. Murió en combate en Dos Ríos el 18 de mayo de 1895. Ahí en La Habana pasa la mayor parte de su niñez. Era un hijo de inmigrantes su padre español (Mariano de los Santos Martí y Navarro) y su madre canaria de Tenerife (Leonor Pérez Cabrera). El joven prócer cubano se exilió

en México en un momento destacado de la historia del país posteriormente al fallecimiento del presidente Don Benito Juárez (1872). México en aquellos años en que gobernó Juárez, generó toda una corriente de solidaridad con el movimiento de independencia de Cuba, sobre todo entre los años 1868 y 1878, que es cuando en la isla se desarrolla la guerra de los diez años. Esta situación generó un exilio en México donde figuraron destacados patriotas cubanos. Asimismo, llegaron exiliados a México el santiaguero Pedro Santacilia y Palacios (quien apuntábamos también llegaría a ser secretario de Don Benito Juárez y esposo de su hija mayor).⁴ Así, en este torrente del exilio cubano, se sumó la presencia de la familia de José Martí y el propio joven habanero desterrado de su patria. Cuando Martí llega a México el 8 de febrero de 1875, arriba por el puerto de Veracruz a la edad de 22 años. En México es precisamente este patriota cubano el que al entrar “en un primer contacto con una realidad que marcaría su pensamiento y lo llevaría a conformar una concepción sobre América Latina que mantiene plena vigencia hasta nuestros días (...) y que devendría en un latinoamericanismo depurado y radical que alcanzó su más alta expresión en su ensayo *Nuestra América*”.⁵ De igual

4 Cf.: Adalberto Santana y Sergio Guerra Vilaboy (compiladores), *Benito Juárez en América Latina y el Caribe*, México, UNAM, 2006, (Cuadernos de Cuadernos, 11) y Adalberto Santana y Sergio Guerra Vilaboy (coordinadores) *Benito Juárez y Cuba*, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2007.

5 Joaquín Santana, “Influencias ideológicas en el pensamiento de José Martí: una aproximación crítica en su estancia en México”, en *México, un lugar para Martí*, México, UNAM, 2005, pp. 57-58 (Serie Memorias, 3).

manera en la misma biografía de Diego Rivera (Diego María Concepción Juan Nepomuceno Estanislao de la Rivera y Barrientos Acosta y Rodríguez)⁶ resalta el hecho de su natalicio en 1886 en la ciudad de Guanajuato, México, exactamente cuando José Martí contaba 33 años y radicaba en la ciudad de Nueva York, tal como miles de inmigrantes lo hacían en la que comenzaba a ser la gran urbe de hierro. El joven Diego Rivera después de estudiar en la Academia de Carlos decidió ir a Europa donde va a asimilar toda la experiencia de los grandes artista europeos. De la misma manera José Martí, estando desterrado en la metrópoli española, se inscribe en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid, pero más tarde se traslada a la Universidad Literaria de Zaragoza donde en mayo de 1873 es admitido como alumno. Así, el joven cubano, finalmente concluyó sus estudios y se recibe como Licenciado en Derecho Civil y Canónico y de Licenciado en Filosofía y Letras en octubre de 1874. Al iniciar su viaje a México a fines de diciembre de aquel año de 1874 pasa por Francia, Inglaterra, Irlanda, llegando a Nueva York el 14 de enero de 1875, para así finalmente arribar a tierras mexicanas en el Puerto de Veracruz el 8 de febrero de 1875.

6 Simón Bolívar también es de los grandes personajes que Diego Rivera pintó en los murales que plasmó en el Anfiteatro Simón Bolívar de la Universidad Nacional Autónoma de México, quien a su vez tenía un nombre abundante, como el del propio pintor mexicano: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Ponte y Palacios Blanco, propio de la época y en determinado sectores de la sociedad latinoamericana.

Previamente sus padres (Leonor Pérez y Mariano Martí), sus cuatro hermanas y su pequeño sobrino Alfredo, en abril de 1874 habían embarcado en La Habana rumbo a Veracruz. Así, abordan el vapor *Eider*, para ubicarse en la ciudad de México. Estos son años en los que en México se viven la mayor de las libertades de su historia. El gobierno del Presidente Benito Juárez había concluido su mandato con su repentino fallecimiento el 18 de julio de 1872. Lo sustituye en la presidencia el jalapeño Sebastián Lerdo de Tejada, que abarcó su periodo del mismo 18 de julio de 1872 al 20 de noviembre de 1876, cuando finalmente renuncia por el levantamiento que hace el general Porfirio Díaz el 15 de enero de 1877 apoyado en el Plan de Tuxtepec. Momento en el que Lerdo de Tejada también tiene que tomar el rumbo del exilio. Así, estos personajes de la vida política mexicana como lo fueron el Benemérito de las Américas y el dictador Porfirio Díaz, figuran de manera relevante y antagónica en el mural de Rivera. Habría que anotar que la postura de José Martí ubicado al lado de Frida Kahlo hace una reverencia con su sombrero a su amigo y contemporáneo “el poeta Manuel Gutiérrez Nájera, de frac y de esplendorosa camelia blanca en la solapa, en el momento de saludar, con su aristocrático sombrero de copa alta, al escritor y poeta cubano José Martí”.⁷ También ahí se puede pensar que esa amistad y saludos de ambos personajes y la flor blanca que porta en el traje del vate mexicano, sin duda evoca la poesía “Cultivo una rosa blanca” del poeta cubano.

7 Antonio Rodríguez, “Una tarde dominical en la Alameda de México”, p. 135.

*Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.*

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo la rosa blanca.*

En los días que en México, vivió José Martí, tuvo una nutrida comunicación y trabajos con intelectuales de la talla del poeta Gutiérrez Nájera, y “los intelectuales de la Reforma: Altamirano e Ignacio Ramírez”⁸ que están enmarcando en el mural egregia figura del presidente Benito Juárez. Recordemos que en el mismo mural figuraba la frase de Ignacio Ramírez (*El Nigromante*): “Dios no existe”, que Rivera plasmó en la obra y que recibió innumerables críticas y atentados por los sectores más radicales de la derecha mexicana.

En 1956, al retornar de su viaje a la U.R.S.S., donde fue sometido a tratamiento médico, el pintor, con un espíritu de tolerancia que sus enemigos no tuvieron, y a fin de respetar los sentimientos religiosos del pueblo mexicano, decidió cambiar la polémica frase por otra exclusivamente documental e histórica: *Conferencia de Letrán*, durante la cual Ignacio Ramírez

8 *Ibid.*, p. 136.

había defendido la tesis que la tan traída y llevada frase sintetizaba.⁹

Respecto a estos intelectuales como Manuel Gutiérrez Nájera con los que en el mural José Martí mantuvo un efusivo saludo, nos hace recordar que el mismo poeta cubano afirmaba sobre el poeta Gutiérrez Nájera, señalado en una carta a su entrañable amigo mexicano, Manuel Mercado (fecha el 26 de julio de 1888), momentos en los que el prócer cubano radicaba en la ciudad de Nueva York:



3. Diego Rivera

*Sueño de una tarde dominical
en la Alameda Central*
(fragmento)

Foto: Mercedes Sierra Kehoe

⁹ *Ibid.*, p. 139.

A quien no se puede tachar de incorrecto, y a quien le prologaré el libro y le quidará la impresión con muchísimo gusto, es a Gutierrez Nájera, a quien mando por Ud. Todo mi agradecimiento por el afecto con que piensa en mí, y yo le pago bien, por que lo merece cuanto sé de él y veo escrito. Es de los pocos que está trayendo sangre nueva al castellano y de los que mejor esconden las quebraduras y hendijas inevitables de la rima. Más hace; y es de dar gracia y elegancia al idioma español al que no faltaba antes gracia, pero placeril y grocera. Y eso lo hace Gutiérrez sin afectación, y no por que tome modelo a éste y aquel, aunque se ve que conoce íntimamente, y ama con pasión lo perfecto de todas las literaturas, sino por invencible tendencia suya hermanar la sinceridad y la belleza. Hay mucho que decir de Gutiérrez, y yo tendré a honor el decirlo. Es un carácter literario. –De su libro, si decide imprimirlo aquí, dígame que se lo cuidaré más que si fuera propio. Porque si se lo cuido como propio, se lo cuido mal.¹⁰

En efecto, pensemos que la Alameda Central de México fue en el siglo XIX, en los años que le tocó vivir en México a José Martí, un lugar necesario de convivencia y de recreación que hacía de la capital mexicana un referente histórico

10 José Martí, *Obras Completas*, tomo 20 (Epistolario, “Cartas a Manuel Mercado”), La Habana, 1975, p. 129.

y cultural de esa época reluciente del México liberal. En esos momentos de grandes libertades y grandes aportes de los intelectuales de la época. A muy pocas calles de ese jardín central de México, José Martí y su familia residieron. La Alameda era así un lugar que en los sueños y recuerdos del intelectual y patriota cubano quedó grabada en su memoria. Tal como lo apunta uno de sus principales biógrafos de sus días en México: “En otras ocasiones, las bancas de la Alameda, los teatros, o el Hotel Iturbide a donde acudía con frecuencia Martí a buscar a Azcárate, eran el campo de sus discusiones”.¹¹

De ahí, que Martí evoca a la Alameda en sus cartas, escritos y ensayos. Por ejemplo, en su correspondencia epistolar a Manuel Mercado le afirmaba: “Yo quedo aquí comiéndome el cerebro, -sin ápice de exageración, -y suspirando por nuestros paseos de la Alameda- ¡y por aquellos mismos palos amarillos!”.¹² Reiteración de esos sueños de Martí por esos recuerdos de México y de su parque central cuando él reitera a Manuel Mercado esos sueños: “Yo le escribo como si me hubiera escrito, y es que dejando correr la pluma para Ud. me vuelven al alma los verdores de nuestra sabrosa Alameda”.¹³ Agregando Martí anclado en la naciente urbe de hierro, le escribe de nueva cuenta a Mercado sobre sus

11 Alfonso Herrera Franyutti, *Martí en México. Recuerdos de una época*, p. 188.

12 José Martí, *Obras Completas*, tomo 20, p. 81.

13 *Ibid.*, p. 104.

sueños por ese verdor mexicano: “Pero estas cosas no se las digo sino por gusto de decírselas, y como si estuviéramos conversando por las calles de la Alameda, entre aquellas cercas famosas de palos amarillos”.¹⁴

De esta manera, Diego Rivera, sin duda conocedor de la obra martiana, e identificado con ese gran personaje, y con los lugares, espacios y tiempos en los que Martí vivió en México, lo rememora en ese escenario plástico de la Alameda Central. Si se prefiere, el maestro Rivera y su sentido martiano de la historia y del arte, en buena medida plasmó en ese mural lo que el mismo Martí evoca en su celebre ensayo “nuestra América”: “Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra”.¹⁵

¹⁴ *Ibid.*, p. 127.

¹⁵ José Martí, *Obras Completas*, tomo 6 (Nuestra América), La Habana, 1975, p. 16.